

EDITORIAL

Geografía y Vida

Geography & Life

La curiosidad por saber que hay más allá de lo conocido ha acompañado al ser humano desde siempre. Esa innata necesidad por conocer lo que no está a su alcance le ha permitido acercarse y descubrir cómo es el mundo natural y tomar conciencia de que presenta condiciones que responden a sus leyes y no a las suyas. Este esfuerzo por explicar y comprender al mundo del que forma parte le ha permitido, para bien o para mal, llegar hasta nuestros días. La relación que existe entre el hombre social y la naturaleza es trascendente, pero ya es tiempo de que, en nuestro quehacer cotidiano, no se continúe viendo al mundo que nos rodea (¿natural?) como algo que está más allá, como algo ‘externo’ fuera de nosotros, y que se puede controlar. La inminente crisis ecológica, la creciente amenaza de las armas de destrucción masiva, el auge, aparentemente indetenible, de las nuevas tecnologías, en particular de las asociadas con la información y comunicación (TICs), por no incluir al calentamiento global con sus consecuencias a corto, mediano y largo plazo, apuntan, como bien señaló el historiador israelita Yuval Harari, a no prolongar más el debate sobre el significado de la vida. Sin embargo, diera la impresión (¿o no?) que aún no se tiene plena conciencia que las acciones humanas tienen repercusiones para la vida, pues la ‘explotación racional’ de la naturaleza no nos exime de sus consecuencias.

¿Qué tiene que ver y decir la Geografía ante esto? La geógrafa española Josefina Gómez Mendoza publicó un artículo en el periódico El País (11/03/2021) titulado “Paisaje y Geografía en tiempos de pandemia”, en el que afirma que *“Amar es dónde. Amar son también lugares de la memoria, o del descubrimiento. Me acurre que cuando me asalta un recuerdo, lo primero que acude a mi es el sitio, el lugar donde estaba y ocurría, con sus formas, su carácter. Luego lo pueblan las personas, los sucesos, las emociones ...”*. Este escrito nos lleva a la esencia de la ciencia geográfica: los seres humanos siempre han buscado conocer el mundo que los rodea y han sido acuciosos en tratar de describirlo y sistematizar sus observaciones con la deliberada intención de explicar y comprender la vida y sus innumerables y cambiantes combinaciones, así como las relaciones entre sus elementos constitutivos.

Revisando con atención esta afirmación es fácil percatarse que la Geografía, al referirse etimológicamente a la Tierra y a su descripción, se ocupa no solo de elementos propios del mundo natural sino también de aquellos de los hombres, siendo en consecuencia de su expreso interés el de las relaciones sociales y de las obras resultantes de estas, lo cual, de manera insoslayable, tiene manifestaciones que incluyen a ambos mundos: el natural y el social.

Cualquier sociedad, sin importar el lugar donde desarrolle sus actividades no puede dejar de mirar siempre hacia el territorio que la cobija. La valoración que el hombre social hace de su territorio define en buena medida su accionar en el mundo de las relaciones sociales en el más amplio sentido de la palabra, por lo que pensar en las sociedades humanas, en su devenir histórico, sin incorporar al territorio es no tener noción clara de la importancia de la Geografía para explicar y comprender la vida.

La historia muestra con creces que el conocimiento humano es acumulativo, que los saberes del hoy tienen pasado; por ello, de no estar atentos a los cambios que caracterizan al tiempo presente puede sesgar nuestro raciocinio hacia sendas erradas: p.ej. dejar a la Geografía en tanto que ciencia a un lado y concentrarnos en sus especializaciones -las TICs favorecen y mucho esta percepción- lo que inclinaría la balanza hacia la profundización de sus divisiones y sus cercanas y distintas aproximaciones metodológicas. No hay que olvidar que la Geografía es el ‘amarre’ de todas sus especializaciones; de no hacerlo es muy fácil perderse en ellas, mucho más cuando el avance tecnológico exige de manera exponencial respuestas puntuales a todas las ciencias. Para los cultores de la Geografía es esencial tener presente que todo lo que sucede en el mundo (natural y social) tiene su particular manera de hacerse sentir a través de viejas y nuevas combinaciones, siempre presentes, del como los hombres usan sus territorios y es ese territorio usado, parafraseando al geógrafo brasileño Milton Santos, el que nos remite a no dejar en el tintero que lo nuevo nunca viene solo, que coexiste con lo viejo. Para cualquier sociedad en consecuencia es imprescindible conocer su pasado para enfrentar los problemas del presente y proyectar su futuro; conocer la historia del como su territorio se ha construido y organizado su espacio es fundamental entonces para afrontar los retos del hoy y del mañana. Dejar a la Geografía por sus especializaciones, es dejar de lado la indisoluble unión que siempre ha existido entre los lugares en los que se desarrolla la vida y la historia del cómo quienes en ellos viven los han usado.

Gómez Mendoza acierta al afirmar que los paisajes son movimiento: *“un paisaje es una parte del territorio cuyo carácter es el resultado de la acción y de la reacción de factores naturales y humanos, tal y como lo percibe la población”*. [...] *“Ello significa no olvidar los territorios, los lugares, de ocuparlos, de vivir y de moverse en ellos”*. Sin embargo, esta aseveración, válida por demás, requiere espacializar una conceptualización en el tiempo presente, que incluya no solo al lugar sino también acontecimientos que no necesariamente se manifiestan allí, pero que lo ‘tocan’, lo que significa analizar cómo se vinculan a través de diferentes escalas geográficas. De este análisis no escapan los procesos biofísicos que inciden en la vida de los lugares. Lo que acontece en el mundo en estos momentos refleja la intensa interacción de procesos climáticos, ecológicos, económicos, políticos, sociales y culturales.

Si se regresa en el tiempo se puede observar como la relación entre el hombre social y su entorno está marcada por la progresiva ruptura entre ambos, ruptura que muestra claros indicios de ser cada vez más profunda. ¿Qué ha pasado en estos más de doscientos cincuenta años? Los seres humanos, a pesar del gran esfuerzo que han realizado para distanciarse de su origen en tanto que seres vivos, conviven en un entorno social que es inseparable del natural en el cual se despliegan sus acciones.

Todavía hasta mediados del pasado siglo XX, la preocupación por el mundo natural se limitaba, en términos generales, a verlo en ‘singular’, por su reducción al entorno inmediato de las acciones humanas (en apariencia no trascendía más allá de). En esa concepción no había ‘algo’ que indujera a pensar en un entorno natural a escala planetaria. El entorno contiguo era percibido como el gran reservorio de y para esas acciones. Cuando el desarrollo de las TICs permite una mirada a escala planetaria, el mundo natural se transforma en ‘invasor’ de nuestro modo de vida actual y futuro. Lo señalado remite a la propia historia del hombre y como ha sido su relación con su hábitat. En la actualidad, el mensaje es, parafraseando a Bruno Latour, que después de haber ‘civilizado’ a la naturaleza, el deber de los humanos es ‘protegerla’, pero sobre todo de ellos mismos. Si se continúa viendo al planeta como algo externo a nosotros, su respuesta va a resultar muy dolorosa para todos. Resulta impostergable para los estudiosos de las ciencias humanas y sociales, en particular para la Geografía en tanto que ciencia que ha pretendido erigirse como una descripción de la Tierra, de sus habitantes y de las relaciones entre estos y de las obras resultantes, que se acepte aproximarnos al mundo natural no como algo que está ‘fuera’; nuestra relación debe enfocarse en términos de respeto que no puede ni debe ampararse bajo la consigna de que nuestros actos han contribuido a su deterioro, por no decir a su destrucción.

Para la Geografía comprender la vida y como esta se ha desarrollado en nuestro planeta implica no separar lo inseparable: nuestra racionalidad ha permitido acercarnos a conocer la casa de todos, en sus múltiples manifestaciones, lo que envuelve a los dos mundos: el natural y el de los hombres. Desconocer esta realidad es desconocer la historia de los territorios, de los lugares y de los hombres que los habitan.